

MISCELANEA

EL ROMANTICISMO MUSICAL Y LA HISTORIA

Por MIGUEL A. MARTÍNEZ G.*

*Especial para el Boletín de la Academia
Nacional de la Historia.*

La era romántica desde el punto de vista histórico va a ser el resultado de la revolución burguesa. Convulsiones de carácter social, político y económico conmueven a los países europeos en los finales del siglo XVIII. Revolución Industrial, Revolución Francesa. El resquebrajamiento del antiguo orden feudal que tiene sus antecedentes en las corrientes de la Ilustración produce como consecuencia el ascenso de una nueva clase al poder: la burguesía. La era romántica traducirá las ideas, impulsos e inquietudes que ya la Ilustración muestra, la razón, la lucha contra lo establecido: ideas filosóficas del medioevo, afianzamiento de la individualidad, de la libertad. El hombre comienza a creer en sus propias posibilidades, en su propio hacer, es decir, toma confianza de sí mismo. Será pues, el período de que hablamos fiel exponente de todo lo anterior, pero con más fuerza, con más seguridad, con más conocimiento, porque fue el período de la expansión que la revolución provoca. La Ilustración por consiguiente enmarca el resultado posterior a la victoria de la revolución, una época de gran apertura.

La música expresará al igual que la literatura y las otras artes el sentimiento de la época y al igual que la historia reflejará acontecimientos, se referirá a la escenificación de batallas, a hechos resaltantes. Los compositores del siglo XIX, liberados de la obligación de interpretar y componer para una iglesia, una unidad o un príncipe, sirviendo a auditorios numerosos, desde el momento en que la burguesía se emancipó (muchas ciudades importantes cuadruplicaron su población entre 1800 y 1860), los músicos dotados fueron bien recibidos en los círculos literarios y artísticos. El compositor barroco y clásico apenas tenía conciencia de que pertenecía a una escuela o período. El artista romántico por el contrario tenía conciencia de su romanticismo, de su parentesco con lo nuevo, con los escritores y pintores, de vivir en una época de vastas posibilidades de aventura y experimentación y en fin lo que es más importante, hacía historia con sus interpretaciones.

* Departamento de Investigaciones de la Academia Nacional de la Historia.

El romanticismo musical traduce un tipo de música inspirada en la naturaleza, la literatura, los personajes y acontecimientos históricos. En la era romántica de la música sus representantes más destacados simbolizan en sus composiciones ideas visuales y expresan emociones tales como victoria, angustia, patriotismo, deseos, amor, etc. El artista romántico tenía conciencia de su romanticismo y consideraba como tal las leyendas y los acontecimientos históricos.

El romanticismo musical se relaciona con la historia en que el uno y la otra, conjugan la vida de personajes, de inquietudes y de hechos. El primero, con el auxilio de la composición, de la instrumentación y del genio; la segunda, mediante el empleo de recursos exhaustivos de análisis o de arqueo de fuentes que la llevan al conocimiento histórico de una época, de un personaje o de un accidente en la vida de una nación o de un pueblo.

En síntesis, nos hacemos una pregunta sobre el romanticismo musical: ¿Es posible definirlo? Evidentemente no; debido a una causa primera y esencial y es la de estar hecho de contradicciones, sobre todo en el país alemán. Contradicciones que reinan tanto en la mente, como en el temperamento de los hombres de aquel momento. No es de hoy la idea de que en un plano que rebasara los países alemanes se hacía difícil reducir a un común denominador elementos tan antitéticos como el orden mendelssohniano y el caos de Berlioz, que invocan ambos en su apoyo el genio de Beethoven; la subjetividad y el progresismo de Wagner y de Berlioz, frente a la objetividad y conservadurismo que son propios de Schubert, de Schumann, de Brahms o de Verdi. Es un hecho indiscutible que si bien el romanticismo ha llevado a la música pura a mayor altura, sobre todo en lo que concierne a la música de cámara, no lo es menos que ha sido el paladín desencadenado de la música de programa; de hecho unos se han definido como continuadores del pasado, mientras que otros rompen radicalmente con aquél. Los artistas de la generación desaparecida poco antes de 1830, en realidad sólo tres grandes músicos: Weber, Beethoven y Schubert, dan origen a un nuevo tipo creador y a una nueva manifestación del arte. Anteriormente a estas figuras, es preciso consignarlo, la música es de un modo general una creación funcional y utilitaria y el artista es casi un artesano, incluso cuando posee el genio de Juan Sebastián Bach. La generación que vemos desarrollarse en el primer tercio del siglo XIX hará desaparecer los conceptos de música, arte ornamental y de música funcional. Es en este orden de ideas que Weber, Beethoven y Schubert, orientan las corrientes musicales posteriores.

La vinculación de la historia con el romanticismo musical es innegable. Cumple igualmente con el cometido revelatorio de llegar hasta las últimas instancias en el estudio de los hechos y de expresar en un intimismo que penetra en lo más profundo del alma, la nobleza de los sentimientos.

Si uno evoca a su patria sojuzgada, escenifica batallas, el otro expresa ansias de libertad. Si éste manifiesta versátil dominio en el terreno de la composición, aquél demuestra sus dotes en la instrumentación o en la ejecución.

Se hace historia con el arte, con la política, cuando se teje la raigambre social de un pueblo o se afirma la institucionalidad de un país. Todo lo conjuga

la historia, a ello pues no se sustrae la música como vehículo elocuente del espíritu.

He aquí el firme lazo, la vinculación o el nexo, entre la música y la historia.

Caracas, 30 de julio de 1991.

LA TIERRA MÁGICA DE VENEZUELA

Por JOSÉ ORTEGA SPOTTORNO

El espectador debe darse prisa, pues sólo va a durar ocho días, si quiere visitar la exposición que se inaugura hoy en el Centro Cultural Buenavista (Avenida de los Toreros, número 5), del Ayuntamiento de Madrid, bajo el lema *Venezuela, tierra mágica*. Se trata de una muestra de fotografías de lugares maravillosos de la patria de Bolívar, que ya ha pasado por Roma y París y piensa seguir viaje hacia Salamanca, Washington y Tokio. Pues, aunque lamentamos esa inexplicable premura en su paso por Madrid, el que tenga la fortuna de verla quedará prendado de la magia y belleza de esa naturaleza casi indómita.

Son paisajes de cuando el primer hombre sobre la tierra como vírgenes hasta de la mirada, llenos de grandeza, misterio y novedad. Paisajes efectivamente de otro mundo, distintos de los también hermosos de nuestras latitudes habituales, que nos plantean *el enigma de América*.

¿Por qué —me he preguntado muchas veces— suele ser difícil para un español entender de verdad la América hispana? Sentimos un latido cordial, nunca indiferente, al ver sus ciudades, sus formas de vida, y un inmenso asombro ante la sorprendente fisonomía de los elementos de su cultura y de su naturaleza. El paisaje es obra del destino, del destino geográfico y del destino del hombre que lo habita, y ante estas espléndidas fotografías y reproducciones de alta calidad gráfica que ha hecho Roberto Colantini nos invade un enorme deseo de viajar a esos rincones privilegiados del planeta.

Y sentimos que hemos de hacerlo pronto, antes de que el turismo —que ha de ser, sin duda, la segunda industria de Venezuela— facilite demasiado su acceso y pierdan ese mínimo de aventura que guarda todavía el ir a verlos; valle del Aragua, con la caña azucarera en flor y las altas charaguanas, las montañas de Guaiquinima, labradas por el agua; los campos de bromelias; el río Chuao, en cuya ribera se produce el cacao más fino del mundo, y esa región inverosímil —alga y coral— de Cayo Pelón, en el parque nacional de Morrocoy, etcétera. No debería uno morir sin recorrerlos.